

**Orain, Arnaud: *Le monde confisqué. Essai sur le capitalisme de la finitude (XVI<sup>e</sup> – XXI<sup>e</sup> siècle)*. Paris, Flammarion, 2025. 368 pp.**

**Eguzki Urteaga**

Universidad del País Vasco / Euskal Herriko Unibertsitatea (UPV/EHU)  
eguzki.urteaga@ehu.eus

<https://dx.doi.org/10.5209/chco.105122>

Arnaud Orain acaba de publicar su libro, titulado *Le monde confisqué*, en la editorial Flammarion. Conviene recordar que el autor es director de investigación en la EHESS e investigador en el Grupo de Estudios sobre las Historiografías Modernas (GEHM) y el Grupo de Historia Económica (GrHEco). Entre sus principales obras, es preciso mencionar *La politique du merveilleux* (2018) por la cual ha obtenido el premio concedido por el European Society for the History of Economic Thought, *Les savoirs perdus de l'économie* (2023) y *Le monde confisqué* (2025).

En la presente obra, el autor constata que el neoliberalismo, tal y como lo hemos conocido durante las últimas décadas, ha desaparecido. En efecto, “el cuestionamiento del libre comercio, de los mecanismos competitivos y la vuelta a una concepción autárquica de la economía, el crecimiento exponencial de los monopolios privados convertidos en compañías-Estados, el cuestionamiento de la libertad marítima, el rearme general y la multiplicación de los conflictos, la carrera a la apropiación de las tierras, de los minerales y de las especies vivas son otros tantos fenómenos que traducen una mutación del capitalismo mundial hacia un conjunto coherente, a la vez, nuevo y muy antiguo” (p. 7).

Este libro defiende la hipótesis según la cual, “desde el siglo XVI, el capitalismo ha conocido dos tipos diferentes que se suceden uno al otro. El más conocido puede denominarse liberal. Se ha desplegado inicialmente durante un periodo que va de 1815 a 1880, con un pico hacia 1860. Tras una interrupción de varias décadas, recobra vida en 1945 bajo una forma atenuada por la intervención pública en el bloque occidental. Esta intervención refluye más tarde (...) a partir de los años 1990” y es conocido como el neoliberalismo (p. 7). El otro tipo, denominado mercantilismo, y que el autor prefiere llamar capitalismo de la finitud, no se apoya en una teoría general, sino que traduce una forma de pensar. Ha sido predominante durante tres periodos: durante el siglo XVIII, entre 1880 y 1945, y desde 2010.

Orain define el capitalismo de la finitud como “una amplia empresa naval y territorial de monopolización de activos (tierras, minas, zonas marítimas, personas esclavizadas, almacenes, cables submarinos, satélites, datos digitales) llevada a cabo por Estados-naciones y compañías privadas con el fin de generar una renta fuera de cualquier principio competitivo” (p. 8). Durante los tres periodos mencionados, ese capitalismo comparte tres características principales. La primera es “el cierre y la privatización de los mares, fenómeno que exige una fuerte articulación e incluso una interferencia (...) entre marinas de guerra y marinas mercantes” (p. 8). La segunda es “la relegación al segundo plano, e incluso la evicción pura y simple, de los mecanismos de mercado. Los precios libres, el comercio multilateral y la competencia son mantenidos al margen, en beneficio de zonas imperiales de intercambio, monopolios, acuerdos y coerciones violentas” (p. 8). La tercera es “la constitución de imperios formales o informales por el control de empresas públicas y privadas sobre amplios espacios (físicos y digitales). Generalmente provistas de

atributos soberanos, estas empresas determinan el ritmo del capitalismo de la finitud a través de sus almacenes, sus cadenas logísticas y su gigantismo” (p. 8).

Este capitalismo de la finitud comparte una sensación angustiosa: “la de un mundo acabado, dicho de otra forma, acotado [y] limitado, que es preciso apropiarse en la precipitación” (p. 9). Lo cierto es que el carácter finito del mundo es una característica de la modernidad, aunque se haya expresado de diferentes formas.

El siglo XV coincide con la toma de conciencia de que la Tierra es redonda y la multiplicación de las expediciones marinas genera una sensación de urgencia. “Las monarquías europeas, con sus aventureros y empresas mercantes, desean adelantar a sus adversarios [gracias a] sus descubrimientos” (p. 9). La Tierra es concebida como una inmensa reserva de recursos apropiables que es preciso acumular. “Ese primer proceso se termina con los viajes que permiten afinar los contornos de los continentes (...), pero también con las guerras de la Revolución y la consolidación de los Estados-naciones posteriores, así como la concentración de las fuerzas productivas sobre la acumulación del capital doméstico” (p. 10).

Esa angustia de los límites se reactiva a finales del siglo XIX en el mundo occidental. Resulta, a la vez, del proceso de secularización religiosa, así como de las proyecciones demográficas catastrofistas y de “las necesidades crecientes de recursos y de oportunidades comerciales [en plena] segunda revolución industrial” (p. 11). Según esta visión, que relaciona el espacio con la población, el mundo sería demasiado pequeño, no solamente en Occidente sino también a nivel mundial.

Más cerca de nosotros, el cambio climático propicia la concienciación de la población sobre la finitud del planeta y, por lo tanto, de la humanidad. De hecho, “la limitación y la rarefacción de los seres vivos, de los minerales, así como las dificultades del reciclaje, implican una solución: lanzarse en una competencia despiadada hacia el acaparamiento de las últimas tierras y océanos disponibles. En un universo de ralentización global de la productividad (...) y, sobre todo, en una empresa desesperada de mantenimiento del *statu quo* económico, ha debutado una nueva oleada imperialista” (pp. 14-15).

A diferencia del liberalismo, que pretende regular la depredación a través de un sistema ideológico poderoso, el capitalismo de la finitud no se pierde en consideraciones ideológicas e institucionales, ya que “no contempla la guerra económica como una metáfora” (p. 16). No duda en recurrir a la guerra, aunque su estado normal se sitúe entre la paz y la guerra, “porque instituye la relación de fuerza armada como un horizonte natural, no como una lamentable excepción, a veces necesaria, para reforzar las reglas del mercado” (p. 16).

Este libro sobre la historia del capitalismo de la finitud, que Orain opone al capitalismo liberal y neoliberal, tiene cuatro ambiciones fundamentales.

La primera, de carácter cronológico, cuestiona las delimitaciones temporales canónicas del capitalismo. En lugar de considerar que la globalización se hubiese iniciado en 1850 y habría terminado en 1914 con el fin de propiciar la hegemonía británica, antes de desembocar en un nuevo mercantilismo entre las dos guerras mundiales, el autor considera que el cambio ha empezado entre 1880 y 1890. De hecho, “la reactivación del colonialismo hacia 1880 ha significado la extensión y la profundización de la violencia y de la guerra para millones de seres humanos. [Asimismo], la década de 1890 es la del retorno del proteccionismo, de las compañías-Estados monopolísticas y de las rivalidades imperiales” (p. 28).

La segunda, más teórica, consiste en volver a la historia larga del capitalismo, para convertir las tres dimensiones del capitalismo de la finitud en la piedra angular de una lectura renovada de la modernidad occidental y luego mundial (p. 29).

La tercera, esencialmente metodológica, estriba en “difuminar los límites entre historia intelectual, historia económica y economía contemporánea. Este libro intenta compaginar el estudio de teóricos (filósofos, economistas, estrategas, juristas) y de practicantes (negociantes, militares, colonos) del capitalismo, con sus instituciones respectivas” (p. 30). La ambición consiste en decir que la historia económica y la historia intelectual de la economía son componentes esenciales de la economía y que resultan útiles. En ese sentido, no se trata de establecer relaciones causales,

sino de poner de manifiesto “las grandes estructuras, los invariantes, y así hacer aparecer un nuevo objeto” (p. 30).

La cuarta, fundamentalmente política e incluso civilizacional, consiste en proponer una parrilla de lectura de la lucha ideológica que se avecina. De hecho, el capitalismo de la finitud conduce a una perspectiva económica de los elementos: “el agua (los océanos), la tierra (y suelo y el subsuelo), el aire (el espacio y el ciber), el fuego (la guerra)” (p. 30). Ante esta situación, otra vía es posible, “la de una economía realmente ecológica y pacífica, tanto para los humanos como para los otros seres vivos” (p. 31).

El presente libro se divide en seis capítulos. Los dos primeros están dedicados al cierre de los océanos y al comercio marítimo militarizado (pp. 33-121). Los dos siguientes lo están a la ideología y a los instrumentos anti-competitivos (pp. 122-221), y los dos últimos a la conquista territorial y soberana de las compañías públicas y privadas (pp. 222-307). Por último, la conclusión presenta las grandes alternativas que parecen existir hoy en día ante la tercera fase del capitalismo de la finitud (pp. 309-319).

Al término de la lectura de *Le monde confisqué*, es obvio reconocer la gran actualidad del objeto de estudio y el carácter novedoso de la perspectiva elegida, que consiste en distinguir el capitalismo liberal y neoliberal del capitalismo mercantil o de la finitud que se caracteriza por el cierre, la privatización y la militarización de los mares; el comercio anti-competitivo; y la apropiación territorial y soberana. Muestra cómo ese capitalismo de la finitud ha sido predominante durante el siglo XVIII, entre 1880 y 1945, y desde 2010. A través de un enfoque, que tiene ambiciones cronológicas, teóricas, metodológicas y políticas, ofrece una parrilla de lectura original de la historia económica moderna y contemporánea que nos permite mejorar nuestra comprensión de la actualidad. Para ello, hace gala de una amplia cultura historiográfica y económica. Por todo ello, la lectura de esta obra se antoja ineludible.